

UN MINUTO DE LLANTO EN LA MUERTE

DE PAUL ELUARD

Por Juan Rejano

Escuchar el último latido, y callar. Mirar la última faz del poeta, esa faz donde quedó grabada la esperanza, más honda que la muerte, y decir la oración a media voz. Menos aún: como cuando el aire del otoño pasa sobre la verde piel del río apenas erizándola.

Un minuto de silencio en la muerte de Paul Eluard. Guardemos un minuto de llanto. Las lágrimas, si virginales—si viriles—, son silenciosas: como el veneno del primer dolor. Dentro, tal en un mar microscópico, llevan una música estremecida y rejuvenecedora que llena los ámbitos del corazón. La vida crece al pie de la muerte.

Era de la estirpe de los grandes espíritus. Vino cargado de esencias, y se fue—sin rencores—después de esparcirlas en el viento de la palabra: pólen viajero hacia los innumerables regazos sedientos.

Su obra está recorrida por un unánime acorde de amor que la traspasa y como que la vuelve táctil. Amor, amor obsesivamente humano, erguido por el deseo y la ternura: llama sujeta por un acerado hilo que, al vivo resplandor, crease reflejos infinitos, destellos incitadores. Igual, igual que una llama que se levantase y permaneciera siempre intacta, equidistante de la tierra y de la frente del sueño.

Pero, aunque él dijo: "L'aile gauche du cœur—se replie sur le cœur", el ala derecha volaba hacia las regiones dolerosas donde el hombre reclama claridad al hombre. Y por eso, con el espíritu y la tensión erótica, las manos no fueron menos. Las manos, las fraternales manos. Heroicamente temblorosas, se dieron un día a las grandes masa humanas para no recatarse jamás. Y la poesía también. También la canción se abrió desde entonces generosamente como una rosa: "La rose publique". Si "Capitale de la dou-

leur" le inició en el camino de la fusión con el mundo posible, "Poésie ininterrompue" fue el caudal que desemboca en el gozoso mar de la certidumbre.

Y, en él, en sus olas perdurables, volando entre los pétalos cardinales de la estrella geográfica, la paloma de la paz. La paz como plumaje y como canto: como conquista inmediata. No pudo verla subir a las torres del jubileo. No alcanzaron a acariciarla sus fértiles ojos. Pero nos la legó, cercana y deslumbrante, en su voz de alucinado amoroso.

De la línea suprema de Hugo, Musset, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, Samain, Moreas, Paul Fort, como ellos encendido de acentos inmarchitables, era el primer poeta contemporáneo de Francia.

Un minuto de silencio-de llanto-en la muerte de Paul Eluard.

Y después, a la pelea de nuevo. A la pelea poética. Por la paz. Por la libertad de los hombres. Por el amor.

Tal nos confió Paul Eluard. con su obra-con su vida-que no cierra la muerte. La esperanza nace al pie del dolor.